

## Algunos relatos: "El fantasma"

Samuel Linares



Image not found.

# Capítulo 1

## El fantasma.

recordaba con pesar. era sencillo que confundiera la melancolía con la nostalgia, porque eran tan próximas entre sí como mis dos ojos. mis ojos antaño habían visto centenares de cosas hermosas, habían acariciado con la mirada cuadros y devorado libros, pero un cristal empañado, roto en miles de puntiagudos trozos, comenzó a minar mi preciada vista.

fue una de las cosas que perdí a medida que me iba haciendo viejo. perdí los movimientos gráciles y la mitad de mi aliento, perdí la noción y los días no se distinguían de una famélica y vacía mesa de madera. me sentía hambriento y nauseabundo. cargaba el enorme peso del vacío y no podía levantarme de la cama en la que mis hijos me habían condenado a pasar el resto de mis años.

la habitación estaba oscura y sin ventilar. no habían cuadros en las paredes, sólo un daguerrotipo mío en la cómoda, único mueble de la alcoba, cubierto por un pelaje de polvo. era silenciosa. por la noche podía escuchar a las arañas tejiendo telares con los que vestir lóbregamente a sus presas, y deseaba, con todo mi corazón, que una de ellas me tejiera un traje fúnebre y me encerrara en sus fieras y sempiternas fauces.

no sé cuánto tiempo pasó dentro de aquella habitación en la que el mismo ni siquiera jugaba carta, pero un día o una noche cualquiera en la que yo me ocupaba imaginando mis quimeras suicidas, un sirviente llamó a la puerta y me dijo que había una carta para mí. era una voz humana, una voz musical, una voz que me hablaba a mí, y me alegré sobremanera

porque mi imaginación barajaba el hecho de que ya estuviera muerto y no me hubiera percatado. pero estaba tan vivo como cuando aquellos pensamientos mortuorios pasaban por mi cabeza. el sirviente me la leyó. era de Charles, un viejo compañero de la escuela que llevaba más de setenta años olvidada en mi memoria. decía que pasaba por la ciudad y que se enteró de que vivía aquí, y, presa de la nostalgia, quería hacerme una visita y entablar una conversación conmigo para recordar viejos momentos. para recordar.

el sirviente me preguntó si quería que viniera y, naturalmente, acepté. se marchó diciendo que le enviarían un telegrama inmediatamente y que reposara. ¿qué tenía que reposar si nada se había posado sobre mí?

durante varias semanas esa visita fue el único objeto de mis cavilaciones. dormía soñando con aquella y despertaba envuelto en la alegría de la misma. pero el tiempo fue sembrando la desesperanza y supuse que mi viejo amigo habría pasado de largo, o le habría surgido otro asunto, o tendría mejores cosas que hacer. fue entonces cuando el objeto de mis pensamientos se ensañó con Charles y el motivo de su visita. Charles y yo nunca, según recordaba, habíamos sido grandes amigos, ni tan siquiera grandes compañeros. habíamos compartido alguna tarde de juegos o alguna cogorza juntos, pero poco más. ¿qué le impulsaría a venir a visitarme? ¿por qué querría pasar una tarde con un viejo roñoso y maltrecho como yo? era obvio que él había envejecido bien y todavía se le intuía ágil y fuerte.

las preguntas se sucedían y las respuestas nunca se cruzaban por mi mente. me parecía un hecho tan insólito y tan ilógico, y a la par por no sucederse tan decepcionante, que incluso me sentía triste. en la oscuridad vacía de la habitación, me sentía triste. las sábanas que me cubrían me hacían sentir triste. el silencio me entristecía. la tristeza me entristecía.

fue sólo cuestión de tiempo que comenzara esa charla que tanto ansiaba yo solo, sin Charles. podía imaginar cómo escuchaba su coche en la entrada, y cómo, enseguida, vendría una sirvienta en mi busca para

notificarme su llegada. diría algo así como: "Señor Gauthier, el señor Charles ha venido." y pronunciaría con sumo tono servicial y extrapersonal, abriendo la puerta sin mirarme a los ojos. sí. entonces, Charles entraría y con una sonrisa, tal vez algo ensayada, tratando de ocultar su total sorpresa al encontrar a un amigo de la infancia en tan infame situación, con los brazos abiertos, diría: "Gauthier, viejo amigo." y no se equivocaría en lo de viejo.

-Hace tantísimo que no nos vemos. – comentaría, sentado en una silla que un sirviente, o mejor la sirvienta, traería, a mi vera.

-Más de setenta años. Pero el tiempo te ha tratado inconmensurablemente bien, Charles. Demasiado bien, quizá. Mírame. Aquí me tienes. Soy más enfermedad y años que hombre.

-No Gauthier, no. No digas eso. – me daría unas palmadas en la tibia cubierta por una manta. – Estás fenomenal.

sonreiríamos y empezariamos a intercambiar datos de nuestras vidas, insulsos preámbulos triviales y aburridos para cualquiera que esté acostumbrado, pero no para mí. charlaríamos durante aproximadamente media hora antes de comenzar a hablar de la escuela. de los tópicos infantiles tales como tirar bolas de papel a un profesor cuando da la espalda, o fumar cigarrillos a escondidas, o perseguir a las chicas. datos insulsos.

-¿Recuerdas aquella historia? – me preguntaría.

yo le miraría con el ceño fruncido, buscando una respuesta en lo más profundo de mi ser. me rendiría a los pocos segundos y sencillamente respondería:

-¿Qué historia?

-¿No lo recuerdas?

negaría con la cabeza.

-Tú fuiste el que nos la contó a todos. ¿Cómo has podido olvidarlo?

respondería alegando la edad y los recuerdos difusos y él reiría, es risueño en mi imaginación, jovial, quizá demasiado para tener más de ochenta años. sin apenas arrugas. igual que...

-La historia del fantasma.

igual que un fantasma.

-¿La historia del fantasma? – preguntaría, algo sorprendido, todavía sin recordar.

-¿Quieres que te la cuente?

-No estoy seguro, Charles. Una historia de fantasmas no es lo que le convendría a mi anciano corazón.

-¡Pero si tú mismo la inventaste! – reiría.

-Bueno, está bien. Cuéntamela.

y comenzaría el olvidado relato del fantasma.

-----

decía:

-¿Recuerdas, mi amigo Gauthier, el paso del ferrocarril, cuando volvíamos de la escuela? ¿Ese paso tan místico y que tanto atraía a nuestras jóvenes mentes?

lo recordaba.

-Recordarás, y no tengo casi ninguna duda, el paso del ferrocarril. La historia que nos contaste a todos allí me dejó las manos heladas, el corazón caliente, y los ocelos en guardia, acechados por pesadillas que todavía no se mostraban en la noche. Ese relato, ¡Malditos tú y el mismo, ahuyentador de sueños y pasto para los delirios nocturnos! ¡Maldito! Sin embargo, te aprecio por los buenos momentos que compartimos, Gauthier.

un escalofrío comenzó a recorrer como un ratón mi pierna hasta llegar a la nuca.

-Te contaré hoy mismo la historia que nos contaste tú y a la que después se unió ella. Aquél día, bajo el sol pleno y radiante, sin ningún elemento fantástico o terrorífico.

y recordaba la historia que le conté a Charles hacía más de setenta años. volvíamos de la escuela corriendo y jugando igual que todos los días, con las carteras llenas de libros y nuestras cabezas vacías de

conocimiento. correteábamos y nos apaleábamos risueños entre nosotros, con todo el cariño que unos infantiles amigos pueden darse. entonces yo me paré en seco, como quien recuerda un sueño de pronto, y es que de aquello iba a tratarse.

tardaron unos segundos en darse cuenta de que estaba de pie en las vías del tren. era algo que teníamos prohibido, una regla que habíamos puesto entre nosotros. podía sentir el calor de los raíles todavía presente en el metal, el olor a carbón, me resultaba sencillo imaginar el humo negro manchando mis ojos. se quedaron mirándome y comenzaron preguntando que qué era lo que hacía. luego me dijeron que saliera de ahí. luego se enfadaron y trataron de hacerme salir a la fuerza. uno de ellos, Luc, el mayor, fue el primero que comenzó a darme empujones y a tratar de sacarme de la vía, pero no lo lograba, había encajado mi pie a propósito en el resquicio que quedaba entre el suelo y el hierro negro. me pegaba puñetazos y me llamaba idiota, pero estaba en trance, no sentía nada. se escuchó una sirena, un claxon, a lo lejos, y pude sentir como mi pie encajado comenzaba a vibrar.

“¿Qué hora es?!” gritó Luc a alguno de los chicos. ellos buscaron nerviosos un reloj, pero Charles fue el único que gritó la hora. tenía un reloj de bolsillo de su padre que seguramente estaría oculto y guardado en su cartera. no recordaba qué hora dijo, pero poco importaba cuando la melena de humo del tren comenzaba a asomar por el horizonte. Luc maldecía y alguno de ellos lloraba incluso. sentía el odio de Luc. logró quitarme el zapato casi en el último momento y me sacó de un empujón de las vías. caímos sobre la hierba húmeda y verde.

las preguntas que me hacían seguían un orden lógico y eran completamente comprensibles. “¿Qué te pasa? “¿Por qué lo has hecho?” “¿Estás loco?” “¿Querías matarte?”

“He tenido un sueño.” fue mi respuesta a todas sus cuestiones. pareció desconcertarles un poco, incluso parecían irritados. “He soñado con una mujer.” les atraje un poco más. “He soñado con una mujer que aunque no me lo dijo, sus ojos pronunciaban el nombre de Hélène.” “¿Tiene eso algo que ver con que seas un maldito suicida?” gritó Luc, todavía sin aliento. el tren terminó de cruzar con todos sus vagones el paso. “Ha sido un trance, lo he recordado de repente. No quería hacerlo” vi que de mi pie manaba un reguero de sangre. “Deberíamos ir al pueblo.

Allí podrán curarte eso.” dijo Luc ya más calmado. “¿Qué soñaste?” preguntó Charles interrumpiéndole. “¿Queréis oír la historia?” Charles asentía, curioso como un niño. entonces me senté y comencé a contarles la historia.

“Yo estaba aquí, justo en este paso, durante una especie de crepúsculo. Sí, recuerdo la penumbra pero también recuerdo la luz. No caminaba, ni siquiera me movía. Sólo estaba sentado allí de donde Luc tanto empeño ha puesto en sacarme. Sentado, esperando. No sabía bien qué era lo que esperaba pero sabía que iba a llegar. Tenía la sensación de que cada vez faltaba menos, pese a que nunca he tenido, y vosotros lo sabéis, una percepción del tiempo mínimamente aguda.

Ni la luna ni el sol se peleaban por gobernar el cielo. No había señales aparentes de que fuera a amanecer o a anochecer, y dudé entonces de si realmente era aquello un simple crepúsculo, o si era real. Fue la primera vez que dudé de si estaba soñando, o peor, de si estaba muerto. Escuchaba a los ratones corretear por los arbustos, a alguna culebra anhelando hincar los colmillos en su pelaje, escuchaba el concierto que el viento componía para las hojas de los árboles, escuchaba todas las notas que cantaba ese inmensísimo follaje de color parduzco y azulado.

De pronto una mosca se posó sobre mi hombro, y otras dos frente a mí. A estas tres moscas se les sumaron una docena más, luego otra, yo corría para tratar de deshacerme de ellas, me perseguían igual que abejas, igual que mosquitos deseándome a mí y a mi sangre.

Tropecé y caí al suelo, presa de esos insectos que me observaban con ojos viles y crueles, formando entre todos ellos una mirada malvada y gótica, formando entre todos ellos unos afilados dientes, una implacable dentadura que me masticaría triturando mis huesos y convirtiéndolos en polvo, que aplastaría mis órganos y mis músculos, que tras todo aquello yo iba a vivir para poder sentir la muerte y el dolor tan de cerca.

Perdí el conocimiento cuando algunas moscas me entraron en la boca. Al abrir los ojos el cielo seguía igual. Todo seguía igual, pero las moscas habían desaparecido. Me levanté y me llevé las manos a la cabeza, pues sentía un agudo dolor, no de un golpe, sino de una terrible



jaqueca. Me levanté para hallar ante mí a una dama, una anciana pero a la vez bellísima dama, en un absurdo escenario; vestida de sirvienta y con un matamoscas sucio en la mano. Pese a todo, me asusté. Pese al absurdo de la situación tuve miedo y olvidé que estaba soñando.

Me miraba con sus ojos puestos en los míos, sin pestañear apenas. Tenía el pelo del mismo color que el cielo que aguardaba sobre mi cabeza y los ojos oscuros, oscurísimos, como las ventanas de una casa sin luces. Se acercó a mí, y con unas palabras que todavía retumban en mi cabeza, dijo:

-Un fantasma te irá a visitar una noche. Una noche cualquiera. Espéralo despierto.

Y desperté.”

recordaba las caras de Luc y Godard, indiferentes, casi burlescas ante lo que acababan de escuchar. me había esmerado en relatar el sueño con la misma voz lóbrega con la que la tal Hélène me habló a mí, al parecer, en vano. pero Charles, recordaba su gesto, pálido, y podía sentir la sequedad de su boca. tenía miedo. Charles tenía miedo.

-Y comenzamos a andar rumbo al pueblo, para curar tu pie.

-----

así sería como Charles terminaría de contarme el relato sobre el fantasma que yo le conté hacía más de setenta años. un relato absurdo que tuve la mala dicha de soñar y de compartir a mis amigos más

cercanos. y Charles sonreiría con gesto extraño.

un escalofrío volvió a invadirme. me había perdido en mis diálogos internos, y sentía algo que llevaba décadas sin sentir: miedo. miré hacia la cómoda y pude escuchar el zumbido de una mosca rondando cerca de mi daguerrotipo. llamaron a la puerta. era una sirvienta con un matamoscas, una sirvienta llamada Hélène. decía que Charles lamentaba su retraso pero que rogaba disculpas y querría pasar a mi habitación. abrí bien los ojos para cerciorarme del hecho de que estaba despierto.